

Las Zapatillas Rojas

La Mujer Fiera

El Conte

La Reflexió

Jocs

Descarrega't la tertulia en un fitxer



El primer cop i després de dos sopars, ens vam trobar a casa meva. Els vaig llegir el conte de Hans Christian Andersen "Las zapatillas rojas" i en vaig explicar la interpretació que Clarisa Pinkola Estés en fa en el seu llibre " Mujeres que corren con los lobos" de l'editorial Punto de Lectura, feia poc que havia descobert l'escola analista junguiana i val a dir que me n'he fet addicta. Més endavant, si voleu, podem muntar una fira.

Reconec que en un principi, vaig escollir aquest conte i no un altre, perquè aquest era "contable" i a mi em venia de gust lluir-m'hi una mica, sempre m'ha agradat llegir en veu alta, millor dit, sempre m'ha agradat escoltar-me. Però aviat hi vaig entrar, costa poc sentir-s'hi identificada, tots i totes en el fons devem ser ben iguals, passem pels mateixos periples i la diferència es troba solament en el temps que hi romanem en cadascun, alguns aviat arriben al destí i d'altres ens perdem en la primera estació. Això és el que penso ara, amb el temps he anat aprenent que permetre's la llicència de canviar d'opinió és altament saludable, així és que demà...ja en parlarem.

La Mujer Fiera

Según el diccionario, la palabra "fiera" deriva del latín *fera* cuyo significado es "animal salvaje". En el lenguaje común se entiende por fiera un animal que antaño era salvaje, que posteriormente se domesticó y que ha vuelto una vez más al estado natural o indómito.

Yo afirmo que la mujer fiera es la que antes se encontraba en un estado psíquico natural –es decir, en su sano juicio salvaje- y que después fue atrapada por algún giro de los acontecimientos, convirtiéndose con ello en una criatura exageradamente domesticada y con los instintos naturales adormecidos. Cuando se tiene ocasión de regresar a su naturaleza salvaje original, cae fácilmente en toda suerte de trampas y es víctima de todo tipo de venenos. Puesto que sus ciclos y sistemas de protección se han alterado, corre peligro al estar en el que antes era su estado salvaje natural. Ha perdido la cautela y la capacidad de permanecer en estado de alerta y por eso se convierte fácilmente en una presa.

Las mujeres fieras de todas las edades y especialmente las jóvenes experimentan un enorme impulso de resarcirse de las largas hambrunas y los largos exilios. Corren peligro por culpa de su excesivo y temerario

afán de acercarse a unas personas y alcanzar unos objetivos que no son alimenticios ni sólidos ni duraderos. Cualquiera que sea el lugar donde viven o el momento en el que viven, siempre hay jaulas esperando; unas vidas demasiado pequeñas hacia las cuales las mujeres se pueden sentir atraídas o empujadas.

Si has sido capturada alguna vez, si alguna vez has sufrido *hambre del alma*, si alguna vez has sido atrapada y, sobre todo, si experimentas el impulso de crear algo, es muy probable que hayas sido o seas una mujer fiera. La mujer fiera suele estar muy hambrienta de cosas espirituales y a menudo se traga cualquier veneno ensartado en el extremo de un palo puntiagudo, pensando que es aquello que ansía su alma.

Aunque algunas mujeres fieras se apartan de las trampas en el último momento y sólo sufren algún que otro pequeño desperfecto en el pelaje, son muchas más las que caen en ellas inadvertidamente y pierden momentáneamente el conocimiento mientras que otras quedan destrozadas y otras consiguen liberarse y se arrastran hasta una cueva para poder lamerse a solas las heridas. (...)

(...) Existe algo que en mi opinión es un vestigio de un antiguo cuento de viejas de carácter didáctico que expone la apurada situación en que se encuentra la mujer fiera y muerta de hambre. Se lo conoce con distintos títulos tales como "Las zapatillas de baile del demonio", "Las zapatillas candentes del demonio" y "Las zapatillas rojas". Hans Christian Andersen escribió su versión de este viejo cuento y le dio el título citado en tercer lugar. Como un auténtico narrador, envolvió el núcleo del cuento con su propio ingenio étnico y su propia sensibilidad.

La siguiente versión de "Las zapatillas rojas" es la germano-magiar que mi tía Tereza solía contarnos cuando éramos pequeños y que yo utilizo aquí con su bendición. Con su habilidad acostumbrada, mi tía siempre empezaba el cuento con la frase: "Fijaos bien en vuestros zapatos y dad gracias de que sean tan sencillos... pues uno tiene que vivir con mucho cuidado cuando alcanza unos zapatos demasiado rojos."

El Conte: Las Zapatillas Rojas

Había una vez una pobre huerfanita que no tenía zapatos. Pero siempre recogía los trapos viejos que encontraba y, con el tiempo, se cosió un par de zapatillas rojas. Aunque eran muy toscas, a ella le gustaban. La hacían sentir rica a pesar de que se pasaba los días recogiendo algo que comer en los bosques llenos de espinos hasta bien entrado el anochecer.

Pero un día, mientras bajaba por el camino con sus andrajos y sus zapatillas rojas, un carruaje dorado se detuvo a su lado. La anciana que viajaba en su interior le dijo que se la iba a llevar a su casa y la trataría como si fuese su hijita. Así pues, la niña se fue a la casa de la acaudalada anciana y allí le lavaron y peinaron el cabello. Le proporcionaron una ropa interior de purísimo color blanco, un precioso vestido de lana, unas medias blancas y unos relucientes zapatos negros. Cuando la niña preguntó por su ropa y, sobre todo por sus zapatillas rojas, la anciana le contestó que la ropa estaba tan sucia y las zapatillas eran tan ridículas que las había arrojado al fuego donde habían ardido hasta convertirse en ceniza.

La niña se puso muy triste, pues, a pesar de la inmensa riqueza que la rodeaba, las humildes zapatillas rojas cosidas con sus propias manos le habían hecho experimentar su mayor felicidad. Ahora se veía obligada a permanecer sentada todo el rato, a caminar sin patinar y a no hablar a menos que le dirigieran la palabra, pero un secreto fuego ardía en su corazón y ella seguía echando de menos sus viejas zapatillas rojas por encima de cualquier otra cosa.

Cuando la niña alcanzó la edad suficiente para recibir la confirmación el día de los Santos Inocentes, la

anciana la llevó a un viejo zapatero cojo para que le hiciera unos zapatos especiales para la ocasión. En el escaparate del zapatero había unos zapatos rojos hechos con cuero del mejor; eran tan bonitos que casi resplandecían. Así pues, aunque los zapatos no fueran apropiados para ir a la iglesia, la niña, que solo elegía siguiendo los deseos de su hambriento corazón escogió los zapatos rojos. La anciana tenía tan mala vista que no vio de que color eran los zapatos y, por consiguiente, pagó el precio. El zapatero le guiñó el ojo a la niña y envolvió los zapatos.

Al día siguiente, los feligreses de la iglesia se quedaron asombrados al ver los pies de la niña. Los zapatos rojos brillaban como manzanas pulidas, como corazones, como ciruelas rojas. Todo el mundo los miraba; hasta los iconos de la pared, hasta las imágenes contemplaban los zapatos con expresión de reproche. Pero cuanto más los miraba la gente, tanto más le gustaban a la niña. Por consiguiente, cuando el sacerdote entonó los cánticos y cuando el coro lo acompañó y el órgano empezó a sonar, la niña pensó que no había nada más bonito que sus zapatos rojos. Para cuando terminó aquel día, alguien había informado a la anciana acerca de los zapatos rojos de su protegida.

„¡Jamás de los jamases vuelvas a ponerte esos zapatos rojos!“ le dijo la anciana en tono amenazador. Pero al domingo siguiente la niña no pudo resistir la tentación de ponerse los zapatos rojos en lugar de los negros y se fue a la iglesia con la anciana como de costumbre.

A la entrada de la iglesia había un soldado con el brazo en cabestrillo. Llevaba una chaquetilla y tenía la barba pelirroja. Hizo una reverencia y pidió permiso para quitar el polvo de los zapatos de la niña. La niña alargó el pie y el soldado dio unos golpecitos a las suelas de sus zapatos mientras entonaba una alegre cancioncilla que le hizo cosquillas en las plantas de los pies.

„No olvides quedarte para el baile“ le dijo el soldado, guiñándole el ojo con una sonrisa. Todo el mundo volvió a mirar de soslayo los zapatos rojos de la niña. Pero a ella le gustaban tanto aquellos zapatos tan brillantes como el carmesí, tan brillantes como las frambuesas y las granadas, que apenas podía pensar en otra cosa y casi no prestó atención a la ceremonia religiosa. Tan ocupada estaba moviendo los pies hacia aquí y hacia allá y admirando sus zapatos rojos que se olvidó de cantar

Quando abandonó la iglesia en compañía de la anciana, el soldado herido le gritó

“¡Qué bonitos zapatos de baile!”

Sus palabras hicieron que la niña empezara inmediatamente a dar vueltas. En cuanto sus pies empezaron a moverse ya no pudieron detenerse y la niña bailó entre los arriates de flores y dobló la esquina de la iglesia como si hubiera perdido por completo el control de sí misma. Danzó una gavota y después una czarda y, finalmente, se alejó bailando un vals a través de los campos del otro lado. El cochero de la anciana saltó del carruaje y echó a correr tras ella, le dio alcance y la llevó de nuevo al coche, pero los pies de la niña calzados con los zapatos rojos seguían bailando en el aire como si estuvieran todavía en el suelo. La anciana y el cochero tiraron y forcejearon, tratando de quitarle los zapatos rojos a la niña. Menudo espectáculo, ellos con los sombreros torcidos y la niña agitando las piernas, pero, al final, los pies de la niña se calmaron.

De regreso a casa, la anciana dejó los zapatos rojos en un estante muy alto y le ordenó a la niña no tocarlos nunca más. Pero la niña no podía evitar contemplarlos con anhelo. Para ella seguían siendo lo más bonito de la tierra.

Poco después quiso el destino que la anciana tuviera que guardar cama y, en cuanto los médicos se fueron, la niña entró sigilosamente en la habitación donde se guardaban los zapatos rojos. Los contempló allá arriba en lo alto del estante. Su mirada se hizo penetrante y se convirtió en un ardiente deseo que la indujo a tomar los zapatos del estante y a ponérselos, pensando que no había nada de malo en ello. Sin embargo, en cuanto los zapatos tocaron sus talones y los dedos de sus pies, la niña se sintió invadida por el impulso de bailar.

Cruzó la puerta bailando y bajó los peldaños, bailando primero una gavota, después una czarda y, finalmente un vals de atrevidas vueltas en rápida sucesión. La niña estaba en la gloria y no comprendió en qué apurada situación se encontraba hasta que quiso bailar hacia la izquierda y los zapatos se empeñaron en bailar directamente hacia la derecha. Cuando quería dar vueltas, los zapatos se empeñaban en bailar hacia delante. Y, mientras los zapatos bailaban con la niña, en lugar de ser la niña quien bailara con los zapatos, los zapatos la llevaron calle abajo, cruzando los campos llenos de barro hasta llegar al bosque oscuro y sombrío.

Allí, apoyado contra un árbol, se encontraba el viejo soldado de la barba pelirroja con su chaquetilla y su brazo en cabestrillo. - Vaya, qué bonitos zapatos de baile- exclamó.

Asustada, la niña intentó quitarse los zapatos, pero el pie que mantenía apoyado en el suelo seguía bailando con entusiasmo y el que ella sostenía en la mano también tomaba parte en el baile. Así pues, la niña bailó y bailó sin cesar. Danzando subió las colinas más altas, cruzó los valles bajo la lluvia, la nieve y el sol. Bailó en la noche oscura y al amanecer y aún seguía bailando cuando anocheció. Pero no era un baile bonito. Era un baile terrible, pues no había descanso para ella.

Llegó bailando a un cementerio y allí un espantoso espíritu no le permitió entrar. El espíritu pronunció las siguientes palabras: -bailarás con tus zapatos rojos hasta que te conviertas en una aparición, en un fantasma, hasta que la piel te cuelgue de los huesos y hasta que no quede nada de ti más que unas entrañas que bailan. Bailarás de puerta en puerta por las aldeas y golpearás cada puerta tres veces y, cuando la gente mire, te verá y temerá sufrir tu mismo destino. Bailad, zapatos rojos, seguid bailando.

La niña pidió compasión, pero, antes de que pudiera seguir implorando piedad, los zapatos rojos se la llevaron. Bailó sobre los brezales y los ríos, siguió bailando sobre los setos vivos y siguió bailando y bailando hasta llegar a su hogar y allí vio que había gente llorando. La anciana que la había acogido en su casa había muerto. Pero ella siguió bailando porque no tenía más remedio que hacerlo. Profundamente agotada y horrorizada, llegó bailando a un bosque en el que vivía el verdugo de la ciudad. El hacha que había en la pared empezó a estremecerse en cuanto percibió la cercanía de la niña.

-!Por favor!- le suplicó la niña al verdugo al pasar bailando por delante de su puerta-. Por favor, córteme los zapatos para librarme de este horrible destino.

El verdugo cortó las correas de los zapatos rojos con el hacha. Pero los zapatos seguían en los pies. Entonces la niña le dijo al verdugo que su vida no valía nada y que, por favor, le cortara los pies. Y el verdugo le cortó los pies. Y los zapatos rojos con los pies dentro siguieron bailando a través del bosque, subieron a la colina y se perdieron de vista. Y la niña.....

C.P. Estés, "Mujeres que bailan con los lobos" ed: Punto de lectura (1)

De la Pág. 347 a la 354

Pistes per la Reflexió

L'anàlisi ja el vam fer, solament us passaré pistes per recordar:

Vam decidir tractar el conte des del punt de vista del buit que es pot sentir en allunyar-se

dels objectius marcats i la tendència a omplir-lo amb qualsevol addicció.

Les "zapatillas rojas" fetes a ma

Les sabates ens protegeixen els peus que són els que ens permeten mobilitat, en definitiva llibertat.

La confecció de les sabatetes a base de pedaços, implica que amb molt d'esforç, la nena ha anat construint la seva vida, i el color vermell representa el color de la vida i del sacrifici necessari per viure-la, però si el sacrifici és estèril, el vermell esdevé el color de la pèrdua de la sang i en conseqüència de la pròpia vida

El carruatge

Aquí la nena es deixa seduir per la promesa d'una vida més còmoda i puja a la gàbia daurada que esdevindrà la seva presó

La vella

En lloc d'actuar com la mare nutricia que li ha promès, actuarà com guardiana de la tradició i anirà sofocant qualsevol necessitat d'individualitat que manifesti la nena

La crema del tresor

En rentar-la, pentinar-la i vestir-la de blanc, la crema podria haver estat una foguera alegre de transformació, però en aquest cas és d'anihilació, és el foc de la pèrdua de lo que la nena havia creat

La ferida

La nena se sent capturada, buida, i de tant en tant emergeix l'alegria del tresor inicial, però amb el temps va perdent l'instint que li podria fer reconèixer el perill, està domesticada, és per això, que aprofitant que la vella és cega (ja que no vol veure altra cosa que el sistema de valors de la comunitat) s'endú una falsificació en la que hi està vinculat el dimoni en els personatges del sabater i el soldat

La dansa

Representa l'addicció, al principi és molt agradable però deixa de ser-ho, la nena busca a la vella però ha mort, busca al butxí i se'n surt de l'addicció com toca: de cop i amb dolor

L'esperit

És l'únic personatge irreal i l'únic que li mostra la realitat, l'autora el proposa com a representació de l'inconscient de la protagonista que emergeix en un moment de desesperació, penso que també es pot tractar d'un intent de suïcidi frustrat, possibilitat no del tot estranya i completament absent en tota l'obra.

Jocs

Primer joc

No us he posat el final que proposa l'autora, no m'agrada, és massa induïsta, personalment prefereixo que la nena acabi en un burdell.

Us proposo un concurs de finals per al conte, a veure que en fem de la nena sense peus: li podem fer uns implants, posar-li unes protesis, portar-la a Lourdes, Fàtima o al Lloritu...

Un jurat selecte escollirà el millor i us el farà arribar junt amb el premi

Segon joc

Les tremens més agosarades podeu crear una quantitat il·limitada d'interpretacions del conte i ens les podeu enviar qualsevol tarda de diumenge amb xàfec si no ho heu fet aquell dissabte al matí que requereix un fort estímul per fer passar de cop la ressaca